

Un gran misterio único

Juan Jiménez García

VANAS REPETICIONES DEL OLVIDO. OBRA DRAMÁTICA REUNIDA (1992-2021), DE EUSEBIO CALONGE (PEPITAS)

Treinta años de escritura, de transitar entre la luz y la oscuridad, la palabra y el silencio, todo como una misma cosa, un mismo misterio. *Vanas repeticiones del olvido. Obra dramática reunida (1992-2021)* materializa todo esto, lo vuelve obra, lo deja ahí, fijado, frente a la fugacidad del teatro representado, y entonces nos devuelve un tronco del que parten las ramas de La Zaranda y no solo. Los frutos de años buscando, manteniendo la fragilidad del presente a través de las brumas del pasado. Un pasado que se pierde en la noche de los tiempos y sí, como titulaba a una de sus obras, *ahora todo es noche*. El futuro es, por definición, incierto. Significativamente, el autor llama a su prólogo *Preparar la ausencia*. Pero en todas las obras de La Zaranda siempre hubo algo de despedida. Sus personajes están por marcharse o morir o caminar en eternos círculos. Se cuestionan si se encuentran al principio o al final, aun sabiendo que no hay uno sin otro, si vienen o si van, si hay alguien ahí, público o lo que tenga que ser. *Lo grave no es saber dónde ir, lo grave es no tener dónde estar*, dice Don Nadie. La Zaranda, teatro inestable de ninguna parte. Hay que decirlo: la experiencia de leer toda la obra de Eusebio Calonge, así, una tras otra, es una experiencia literaria que es capaz incluso de escapar a su representación. Leer, releer. En el libro hay obras inéditas, alguna aún ni tan siquiera llevada a escena. De una manera u otra, pese haber llegado tarde a ellos, como uno llegó tarde a tantas y tantas cosas, he asistido a buena parte de ellas. Y también las leí. Pero ahora, de nuevo, reunidas cuidadosamente, puestas en orden, revelan una entidad propia como obra escrita. El gusto por el lenguaje

del dramaturgo, ya no solo por los diálogos afilados sino por las ambientaciones y los actos descritos, por las construcciones precisas, por la creación en el propio texto de unos mundos que se sostienen solos. Porque es cierto que el teatro necesita de su representación, de su comunión con el público, que sin él, sin esa confrontación, sin esa revelación, hay una ausencia casi insostenible. Pero no es menos cierto que, como escritura, estos textos encuentran su acomodo y recogen esencias que les son propias. Y esto es atributo de grandeza. Desde *Perdonen la tristeza* a *La batalla de los ausentes*, asistimos al desfile de los últimos restos del naufragio del mundo. Escritores olvidados, locos, prostitutas, indignes, viejas estrellas de varieté, perdidos payasos, militares sin ejército, naufragos sin barco, burócratas, reliquias del pasado... No tuvieron nada, aunque recuerdan dudosos tiempos gloriosos, y no esperan nada. Abandonados en el trastero de la historia (la que se escribe en minúscula, porque la mayúscula, esa ni la conocen), viven interrogándose cómo pudo pasarles a ellos y desconfiando de los demás. Olvidados están olvidados. No se está muerto porque se está vivo. En las obras se contiene el misterio, ese misterio que es la materia misma, que es la arcilla, el barro de La Zaranda. Textos sagrados (pero no inamovibles) que, a través

de la liturgia, de la representación, a través de la comunión, alcanzan un estado que solo podemos entender como una elevación. Un accidente en el curso del tiempo. Ese momento en el que todo desaparece, se desvanece, se convierte en polvo, aire, y hemos algo alcanzando algo que no logramos verbalizar. Y en el principio de todo, estuvo la palabra. Las de Eusebio Calonge son palabras antiguas. Palabras que vienen de lejos. Sus personajes también vienen de lejos, como sus miserias y grandezas. Ecos, resonancias, que se entretejen, obra a obra, porque cada una de ellas parece enraizada en la anterior y en la existencia misma del grupo. Construyen un corpus que nos gustaría pensar siempre inacabado, siempre inagotable. Como una necesidad íntima, necesitamos encontrarlos en el extravío de aquellos. De alguna manera, no nos dejan solos, abandonados a nuestra suerte, como lo están ellos. Solo la duda hace avanzar el tiempo o, al menos, mantiene encendido el fuego de la esperanza. Entre esas palabras, encontramos también a Samuel Beckett, a Tadeusz Kantor, a Jerzy Grotowski, pero no es lo único, porque en ellas está el Teatro, pero del mismo modo la literatura, la música, el arte... La experiencia, el conocimiento del hombre. De los últimos. Todos esperan algo, tal vez ese olvido.

La obra dramática de Eusebio Calonge no se detiene en La Zaranda. Menos aún en los últimos tiempos, en los que se advierte una apertura a otros caminos, a otras pautas. Esto se realiza especialmente en obras como *La extinta poética* y *Convertiste mi luto en danza*, en las que las voces son otras y están atravesadas por un mismo aliento trágico. En ellas sentimos la herida de sus protagonistas, atrapadas en sus conflictos irresolubles, y la escritura se agarra al presente, entrelazada con presencias fantasmales o soñadas. Sin embargo, algo, como en toda la obra de Eusebio Calonge, se agarra a la vida, con desesperación, incluso furia. Un sordo furor. Un furor que se presenta, de principio a fin, en *El alimento de las moscas*, un monólogo sobre un asesino pedófilo, o en la inédita *Todos los ángeles alzaron el vuelo*. Dice Eusebio Calonge que todo arte aspira a hacerse, a ser, música. *Vanas repeticiones del olvido* lo es, desde el momento que nos alcanza como eco y sonido de todos los tiempos que se confunden en uno solo. Un tiempo suspendido, un mundo detenido y atravesado por voces y ruidos que surgen del silencio para perderse en él, resurgen para volver a él, vienen y van y nos atraviesan, nos hieren, rompen el hielo de la indiferencia, ese estado de ánimo que nos insuflan de tantas y tan variadas maneras las fuerzas del presente continuo en el que nos quieren hacer vivir. Los verdaderos héroes son esos personajes que viven enfrentados a la imposibilidad de vivir, como su Teatro se enfrenta a ese olvido de lo esencial. La esencia filtrada por la zaranda de la creación. La creación como iluminación.

Resulta justo afirmar que la escritura de Danilo Kiš atravesó varias etapas, desde los ramalazos simbolistas de *La buhardilla* a las parábolas de *Enciclopedia de los muertos* o las miniaturas literarias de este *Laúd y cicatrices*. A caballo entre Belgrado y París, entre la posguerra y el yugo del titismo, enfrentado una y otra vez a una *intelligentsia* cultural serbia que cubría de reproches su obra (el lector encontrará un buen resumen de todo esto en su *Homo pocticus*). Visto así, no cuesta imaginar a Kiš como a un apátrida, un exiliado forzoso que ha hallado su lugar en las letras, en los textos y en ese ir y venir de nombres y lugares que solidifican algo parecido a una patria. A un mundo perdido del que unas veces hablamos con resignación y otras con melancolía. Pensemos, por ejemplo, en el relato que da título a la colección, *Laúd y cicatrices*. Allí Kiš narra su regreso a Belgrado (estamos, por cierto, en plenos años 60). A un Belgrado de barro y casas abandonadas, en el que ya apenas quedan huellas de los lugares de la infancia y rostros que, pese a su familiaridad, se van perdiendo en el tiempo. Porque el tiempo pasa, pero la vida continúa a duras penas. En ese relato, decía, Kiš explica dos historias. O dos pasados. Por un lado, está la suya, la de un retorno que no siempre será posible. Y por el otro, la de una mujer rusa que ha perdido todo contacto con sus hermanas. Rápidamente Kiš nos traslada hasta allí, a Moscú, en una pequeñísima trama detectivesca en la que no tardamos en averiguar que toda la familia, por un motivo u otro, ha muerto. La vida, simplemente, ha dejado de

tener lugar. En ese relato hay un hombre que toca el laúd, que el propio autor ayuda a afinar, cuya música ejerce como consolación; consolación ante lo que ha sucedido, pero también ante lo que depara el futuro. Y Kiš, de alguna manera, reúne muy pocos elementos para narrar esa especie de preparación para la muerte, toda vez que la vida ya ha perdido su espacio. Un poco de resignación, un poco de melancolía. Todo aquello que el autor conoce por su viaje a Rusia queda en suspenso, se trata de un secreto compartido con el lector. Y sin embargo, ese laúd, el sonido que emite cuando lo toca, amplifica todo un paisaje de dolor en los personajes que ninguna otra palabra podría expresar con la misma justeza. Kiš cambia nombres y escribe biografías. Hay una, bellísima, dedicada a Ödön von Horváth, otro apátrida que, casi, siguió el rumbo del Danubio mientras la Guerra estallaba en el corazón de Europa. El brío de la escritura de Kiš condensa en unas pocas páginas la vida errática de Egon von Nemeth, salpicada de saltos hacia atrás y hacia delante, de datos familiares y pequeñas intuiciones a través de las cuales intenta capturar la enormidad de la obra del autor de *Un hijo de nuestro tiempo*. Pero, si algo tienen en común todos los

relatos de *Laúd y cicatrices*, si algo los distingue, es ese momento inevitable de muerte, de desaparición y final. Pocas veces, ni siquiera en *Salmo 44* (su peculiar lectura de los tiempos de los campos de concentración), Kiš parece tan concentrado en la muerte. Aquí, en *El apátrida*, la anécdota resignifica todo el relato, con ese rayo que ilumina un día cualquiera al atravesar el cuerpo de von Nemeth separando sus extremidades. O lo que es lo mismo, el último, el único, hilo que le unía a la vida. *Yuri Golets*, también otro nombre bajo el que disfrazar un relato biográfico, observa algo parecido a través de un retrato de la generación de Kiš. De los refugiados y los nómadas que han conquistado París, de la muerte y el paso del tiempo y los infinitos esfuerzos para evitar que nuestra voz se borre con el paso del futuro. Aquí Kiš dibuja con finura e ironía los círculos intelectuales del exilio, los rostros abotargados, las penas y las cicatrices, pero también ese factor humano que trasciende a cualquier aspiración artística. Que, en definitiva, rebaja un poco esos humos para devolvernos a nuestro lugar. El de Yuri es la muerte, el suicidio, acabar con todo ahora que su exmujer ha fallecido. Dejar de buscar razones o de intentar que sus amistades le persua-

dan para creer que todavía hay tiempo. De ahí que Kiš, de nuevo jugando en dos canales diferentes, escriba con un ojo puesto en la muerte del amigo y otro en esa pregunta con la que nos interroga: ¿qué puede hacer la cultura, o la escritura, para evitar todo esto? Quizá por eso, *El poeta* sea algo así como el motor de esta colección de relatos urdida por la editora Mirjana Miočinić. Allí Kiš expone la paradoja de esa Yugoslavia enloquecida en la que un poeta ingresa en prisión para componer unos versos, un himno, cualquier cosa con la que limpiar la afrenta que sus ideales políticos han provocado sobre la clase dominante. A ese poeta, que el autor describe con humildad, solo lo vemos trabajar una y otra vez (y creo que esa es una definición perfecta de lo que significaba la cultura en aquella época) hasta que su talento logra la satisfacción de los carceleros. Así pues, es libre. Bien, pero después de todo esto, ¿qué es lo que queda? ¿Cómo puede el Arte transformar un espacio así? ¿De qué sirve la escritura cuando todo lo que se sale de la línea oficial pasa directamente a la trituradora, a la burla o el escarnio? Cuando el realismo hipoteca nuestro compromiso con el presente, también con el futuro. Decir que los relatos de *Laúd y cicatrices* arrojan un poco de melancolía sobre la generación de Danilo Kiš no es exagerado. Son una muestra no solo de su talento literario, también de un tiempo de dificultades, de un panorama de autores, marcados a hierro, para el que ante la (casi) ausencia de vida solo quedó la escritura como único lugar al que dirigirse.

Marcado a hierro

Óscar Brox

LAÚD Y CICATRICES, DE DANILO KIŠ (ACANTILADO)

Poética de lo cotidiano

Francisca Pageo

POESÍA REUNIDA, DE ARMANDO CALVEYRA (ADRIANA HIDALGO)

(Algunos apuntes) "Quedarse en esas horas dormido, porque, ¿quién llegaría de entre la noche -si es verdad lo que de la noche se dice, si es verdad que toda oscuridad avanza hacia el día por inacabable que pueda parecer?" Argentino, nacionalizado francés, Arnaldo Calveyra es un poeta de lo cotidiano y de lo etéreo. Materializa las palabras a la vez que eleva el espíritu. Se siente en él que su poesía se avanza a su tiempo, pero ¿no es acaso una poesía atemporal?

(Nota editorial) Poeta, novelista, cuentista y dramaturgo, Arnaldo Calveyra nació en Mansilla (en la provincia argentina de Entre Ríos) en 1929. Se licenció en Letras en la Universidad Nacional de La Plata y a comienzos de la década del sesenta una beca de investigación lo llevó a París, donde fijó su residencia desde entonces, dedicado a la docencia y la literatura. En Francia publicó buena parte de su obra en la prestigiosa editorial Actes Sud. Murió en París, en 2015.



DÉTOUR, NÚMERO ONCE
2021-2022
DETOURE.S
ÓSCAR BROX
EL TOQUE REMÓN.
UNA CONVERSACIÓN

El final de la Primera Guerra Mundial trajo la completa derrota de Alemania y la caída de los imperios, pero también supuso el advenimiento de la convulsa República de Weimar, una herida más, atravesada posteriormente por todas las tempestades. Su final es conocido porque fue también el principio de una Segunda Guerra Mundial, aún más terrible, si eso era posible. Con todo, en ese entreguerras, el mundo bullía, como si tras aquellos cuatro años entregados a la Muerte, vivir fuera más necesario que nunca. Pero vivir de verdad, plenamente. Y en esa plenitud (que no fue tal, sino un espejismo, porque sobrevivir se impuso entre tanta miseria) destacó el ambiente cultural berlinés. La lista de artistas, de todas las disciplinas, es interminable y, entre ellos, encontramos a Alfred Döblin. Nacido en 1878, no era uno de esos jóvenes alocados y ya llevaba alguna que otra novela a su espalda, además de haber participado en la guerra como médico. Por paradojas del destino, su obra más conocida es anterior o contemporánea a esos años anteriores a Weimar, pero la que le haría mundialmente conocido, convertida no solo en un clásico sino en un emblema del aire de aquellos tiempos, la escribiría mucho después, siendo

Temor y temblor

Juan Jiménez García

BERLÍN ALEXANDERPLATZ, DE ALFRED DÖBLIN (CÁTEDRA)

publicada en 1929. Estoy hablando, claro, de *Berlin Alexanderplatz*.

Es inevitable pensar, de algún modo, en el *Ulises*, de James Joyce. Si en esta Dublín se convertía en un personaje más y era el viaje de un hombre a través de un día, en Döblin la ciudad es Berlín y el viaje dura si acaso un año. El regreso no es al hogar, porque eso ya no existe, sino a una honradez original. Salido de la cárcel, Franz Biberkopf, tras el asesinato de su amante, quiere ser honrado. Pero lo cierto es que, como reconoce, el escritor alemán no tuvo conocimiento del libro del irlandés hasta después de empezarla, lo cual nos viene a hablar de un aire del tiempo, que atraviesa fronteras y literaturas. Una necesidad de llevar la escritura a otro nivel, de forzarla para poder alcanzar a expresar las complejidades y convulsiones de esos años. Y es que en *Berlin Alexanderplatz* también hay una experimentación con el lenguaje y con el ritmo, con el collage,

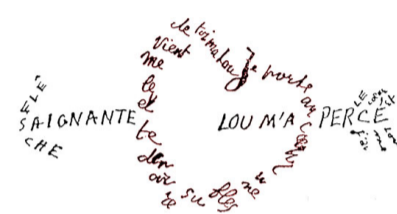
jugando con el expresionismo, además de estar escrita contemporáneamente al periodo temporal que abarca. En su hilo narrativo se cruza la vida diaria, los titulares de los periódicos, la publicidad, los ruidos y sonidos de la ciudad. Todo vive alrededor de Franz y Franz también quiere vivir. Al salir prisión, el mundo cae sobre él como un peso muerto, pero quiere vivir de otra manera. Necesita hacerlo. Y mientras lo intenta, la República de Weimar pasa ante nuestros ojos. Las grietas, las luchas de la clase obrera, la izquierda, el advenimiento del nacionalsocialismo, el camino hacia un abismo aún más amplio que aquel del que quiere escapar su protagonista. Si Franz Biberkopf no puede ser bueno, pese a que lo intenta, Weimar no puede sobrevivir pese a que sus intenciones son justas. Las intenciones no determinan el destino, ni de un país ni de una persona. Solo las acciones, los errores y los aciertos. Aparece la palabra destino, como si tanto uno como otro tuvieran

grabado ese fracaso desde su mismo nacimiento. Cómo no volverse loco. Los Reinhold son más abundantes que la pequeña Meize o Eva. Otra vez la atracción del abismo frente a la tranquilidad, el descanso, lo razonablemente bueno. Entre todo, aquello que da cuerda al mundo: la insatisfacción. Alfred Döblin no creo un personaje con el que estar de acuerdo. Ni tan siquiera uno con el que fuera fácil lamentarse de su suerte. Demasiadas veces, es un imbécil con buenas intenciones. Un tipo incomprensible y, por lo tanto, humano. Nos gustaría empujarle, agitarle. Otras darle de patadas. Nos asfixiamos con sus contradicciones y lo que ocurre a su alrededor nos sobrecoge. Compartimos sus errores y sus aciertos son escasos, como si fuera una reproducción a muy pequeñas escala, a ínfima escala, de la tragedia alemana. Cuando cerramos el libro, sabemos que lo que hemos atravesado es la vida. La vida está unos escalones más abajo que la Historia, pero es lo único que tenemos y que creemos poder manejar. Cerramos el libro y el libro ha estado latiendo entre nuestras manos y sigue retumbando en nuestra cabeza, como el producto de largos días de ebriedad. Admirarnos de que aún podamos sentir temor y temblor.



< SUSCRIBIRSE AL BOLETÍN DEL CLUB PARA RECIBIR PUNTUAL INFORMACIÓN

DETOUR.ES | DIARIOS.DETOURES
CORREO@DETOUR.ES | FACEBOOK/REVISTADETOUR
INSTAGRAM/REVISTADETOUR | TWITTER/TDETOUR
LLIBRERIARAMONLLULL.COM



literaturas
literatura en détour

literaturas.detour.es

Malos presagios

Juan Jiménez García

UN HIJO DE NUESTRO TIEMPO, DE ÖDÖN VON HORVÁTH (NÓRDICA)

Del trágico destino de Ödön von Horváth ya escribí con motivo de la publicación de *Juventud sin Dios*, también por Nórdica. Una rama inoportunamente caída de un árbol parisino acababa con su vida, obra y deriva y se convertía en un destino trágico más, un destino austrohúngaro, como Stefan Zweig o Joseph Roth, aunque sin la nostalgia por el pasado de estos dos. A él, lo que le dolía especialmente, era el presente. Un presente alemán que vivió intensamente desde el teatro (fue uno de los dramaturgos más importantes de aquel tiempo) y, finalmente, la literatura. *Juventud sin Dios* le había llevado a las hogueras nacionalsocialistas y *Un hijo de nuestro tiempo* apareció poco después de su muerte, cuando huía, marchaba, hacia el nuevo mundo. Del viejo ya solo quedaba la promesa de una nueva destrucción.

El protagonista de *Un hijo de nuestro tiempo* no es nadie. Es un nadie que no aspira a ser algo, porque

nada conoce. Para él, entrar en el ejército es como hacer deporte, solo que aquí lo que está en juego es algo superior. Algo por encima de todo: la patria. Lo más sublime. Debemos andar sobre 1936 y Hitler ya está por todas partes. Todo empieza más o menos bien. O de ninguna manera en particular. Hasta que llega una guerra inexistente, negada su participación por los alemanes, la guerra civil española. Esa guerra de voluntarios involuntarios. Ahí llegará la muerte y una herida en su brazo que lo cambiará todo. Atrás se había quedado la imagen fugaz de una taquillera en una atracción de feria, el castillo encantando. Y adelante también quedaba eso, en perfecta simetría. Una falsa simetría porque el mundo ha cambiado, él ha cambiado y ni él ni el mundo se quedarán ahí.

El individuo ha desaparecido. El mundo de ahora es una tarea colectiva que debe ser desarrollado contra ese mismo individuo, si es necesario (y vaya si lo es). Podría pensar que Ödön von Horváth tenía malos

presagios, muchos, si no fuera porque él ya estaba escribiendo en tiempos de certezas. Ese hijo de su tiempo, preparado para afrontar las necesidades de ese mismo tiempo, se va quedando progresivamente paralizado, invadido por un frío profundo que avanza más y más en su interior, un interior ya vacío, en el cada vez resuena con mayor claridad su propia voz, esa voz interior que dialoga con él a lo largo de toda la novela. Porque ese es el recurso del escritor. Esa diálogo consigo mismo de ese joven que envejece día a día. Hubo un tiempo, al principio, en el que uno podía creer en el heroísmo. Una estrella más de plata era algo, algo más en dónde nada había. Una chica trazando líneas en la taquilla de un espectáculo de feria, la promesa de una mujer, tal vez de una vida compartida. Un acto de heroicidad (porque eso es lo que hacen los héroes) el camino hacia una estrella dorada. Hubo. Las puertas del infierno estaban abiertas. No. No había ninguna puerta que atravesar. Un día, el infierno estaba ahí. Con ellos. Ödön von Horváth ya no vio mucho más. Sobre él no cayó la nieve, escondiendo toda aquella suciedad, sino la propia naturaleza. Un hombre desafortunado. Una vida breve, una obra breve pero persistente. Un escritor de su tiempo.



Una vida en imágenes

Francisca Pageo

ESCRIBIR Y MEDITAR: LA OBRA DE MARGUERITE D'OINGT, CARTUJA DEL S.XIII, DE SERGI SANCHO FIBLA (SIRUELA)

Por primera vez en España nos llega de la mano de Sergi Sancho Fibla un monográfico completo y exhaustivo de Marguerite d'Oingt, una cartuja francesa del S.XIII que se dedicó a la escritura y a la meditación como si nada más existiera, como si no pudiera hacer otra cosa; dedicándose en cuerpo, alma y mente al Dios padre cristiano y a su hijo Jesucristo. Nos hallamos ante un libro con un punto de vista antropológico e histórico y por ello se verán anotadas múltiples notas de página de los textos originales y referencias en las que buscar y hallar más conocimiento sobre la vida monástica de aquella época, en la que se creó todo un movimiento con bases teológicas y literarias entre las monjas; como también lo fueron, a parte de d'Oingt, Marguerite Porete o Juliane de Norwich.

El libro es toda una introducción y ensayo sobre el acto meditativo de las cartujas y sobre cómo éste será para Marguerite el gran paso para unirse en espíritu a Dios. En esta edición no nos hallaremos ante los escritos completos de Marguerite d'Oingt, sino que Sergi Sancho Fibla nos los irá explicando

y detallando conforme su lectura y estudio avance en ella. Sí que leeremos extractos de la obra de la cartuja, pero estos serán expresamente incluidos por sus detalles y exclusividad a la hora de explicar la obra de la monja. Marguerite d'Oingt escribirá porque no podrá hacer otra cosa frente a todo lo que experimentará meditando. Estamos así ante una obra de la experiencia más que del pensamiento; pero como nos dice James Hillman en *El pensamiento del corazón*, todo lo que experimentamos con el corazón pertenece al mundo imaginal; y será completamente visual todo lo que la monja experimentará. Aquí, imaginación y meditación van de la mano. «El alma nunca piensa sin una imagen», dirá Aristóteles. En la obra de Marguerite, toda palabra es imagen. De hecho, Sancho Fibla nos explica toda la monocromía de la pintura cristiana y la relevancia de los colores con sus significantes y significados, que la Cartuja detallará con gran tino en sus escritos y sus libros.

Autores como Dante y Virgilio se verán en estas obras y este libro. Ellos nos ayudarán y su pensar

se entretendrá con la propia obra de Marguerite y nos ayudará a vislumbrar el gran mundo cristiano que realmente no conoceríamos si no fuera por el arte y su simbología, sino también porque la pasión de Cristo, la cual será la idea principal en todo el trabajo de Marguerite d'Oingt sólo puede ser trasladada a la palabra por aquellos que realmente saben experimentarla, saben vivenciarla y saben de qué trata.

Las visiones de la cartuja serán profundas y llenas de vida. Su imaginario será un profundo recorrido espiritual y una biografía en sí misma. A veces no sabrá cómo explicar en palabras lo que experimenta y visualiza, pero creo que tampoco hace falta pues sólo aquellos que saben de lo que Marguerite habla son los que realmente la comprenderán y entenderán. El acto meditativo es profundamente introspectivo y nos aporta la sabiduría necesaria para que nuestras palabras escritas y habladas sean las justas y posibles. Ellas, deudas de mundos ocultos a la mirada humana.

Consideramos y consideremos a Marguerite d'Oingt como a una de las grandes místicas, una de las grandes conocedoras de la visión beata de Dios. Leyendo a Sergi Sancho Fibla descubriremos a una mujer profundamente involucrada en el amor, en la sabiduría, en lo trascendental y necesario para un alma que necesita saber que hay más verdad en la imagen que en la palabra.

PRÓXIMO CLUB
TRASTOS, RECUERDOS
LITERATURAS DEL YO (Y DEL OTRO)

14 DE ENERO, 17:30
LLIBRERIA RAMON LLULL
CORONA, 5 - VALENCIA

